

Diálogos sobre la vida y la muerte

Liliana Heker

Conversaciones con Jorge Luis Borges,
Abelardo Castillo, Marcelino Cereijido,
Severino Croatto, Roberto Fontanarrosa,
Alfredo Gazzano y Terencio Gioia,
Eduardo Tato Pavlovsky, María Lucila Pelento,
Álvaro Saurí y Ana María Shua.

Edición actualizada

**T
B** Hugo Benjamín

Heker, Liliana
Diálogos sobre la vida y la muerte / Liliana Heker. - 1a ed ampliada. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hugo Benjamín, 2024.
326 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-631-6548-09-2

1. Filosofía de la Literatura. I. Título.
CDD 179.7



Hugo Benjamín

© 2024, Liliana Heker.

© 2024, Hugo Benjamín Levin.

Publicado bajo el sello Hugo Benjamín®

Riglos 108, 2.º A, C1424.

Foto en contratapa e interior: Alejandra López.

Corrección: Vanesa Fernández.

Diseño de colección: *Alessandrini & Salzman.*

Diagramación: Pablo Alessandrini.

1.ª edición marzo 2024.

ISBN 978-631-6548-09-2

Impreso y encuadernado en febrero de 2024 en Oportunidades S. A.
Uruguay 2987, Victoria, Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Índice

Prólogo para la edición 2003.....	9
Veinte años después.....	21
Jorge Luis Borges.....	26
Buenos Aires, 1980	
Marcelino Cerejido.....	46
Buenos Aires, 2003	
María Lucila Pelento	80
Buenos Aires, 2003	
Roberto Fontanarrosa.....	116
Buenos Aires, 2003	
Alfredo Gazzano y Terencio Gioia	134
Buenos Aires, 1980	
Álvaro Saurí.....	180
Buenos Aires, 2003	
Ana María Shua.....	208
Buenos Aires, 2003	
Severino Croatto	226
Buenos Aires, 1980, 2003	
Eduardo Tato Pavlovsky	268
Buenos Aires, 2003	
Abelardo Castillo.....	288
Buenos Aires, 1980	

A Ernesto.

Prólogo para la edición 2003

La primera vez que encaré el proyecto de este libro me tentó de entrada lo prestigioso del tema. O mejor, de las palabras que denotaban el tema. Solo cuando me vi ante la tarea concreta de decidir y planificar las entrevistas vislumbré, como un vértigo, el abismo que aguarda detrás de las palabras “vida” y “muerte”. El simple hecho de que estén vinculadas, de que la primera siempre suponga la segunda, ya es lo bastante inquietante como para que, salvo en ráfagas de lucidez, no pensemos sino a medias lo que decimos cuando hablamos de muerte —y, en consecuencia, tampoco pensemos en la precariedad de lo que llamamos vida—. Parecería que la mera necesidad de vivir día tras día, de ir realizando nuestros pequeños actos cotidianos, nos impidiera pensar en la muerte. Como si la concepción cruda de nuestra mortalidad fuera capaz de interrumpir nuestros gestos a mitad de camino, de congelarnos en el momento de abrir una puerta o de acariciar a alguien o de rascarnos la nariz. Dicho con menos solemnidad: ¿puede alguien apurarse para alcanzar el colectivo en el instante en que acaba de descubrir que es mortal? Y ahí se me planteó una cuestión ética: si pensar en la muerte era de verdad paralizante, si nos impedía vivir, ¿tenía algún sentido hacer un libro cuya intención más nítida sería la de movernos a reflexionar acerca de la muerte?

Debo anticipar que encaré ese libro. Se publicó en 1980 con cinco entrevistas, cuatro de la cuales forman parte de este.¹ No viene al caso consignar acá las vicisitudes por las que nunca llegó a distribuirse ni fue registrado. Sí apuntar cierta sospecha que finalmente me movió a hacer ese libro y, veintitrés años más tarde, a encarar este: pensar en la muerte —de ahí la incomodidad que provoca— no es otra cosa que animarse a ver, tal como es, nuestra condición de seres vivos. No es otra cosa, en suma, que poner en cuestión la vida. “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio [escribió Albert Camus]. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”. Digamos que, si la reflexión sobre la muerte interrumpe nuestro gesto a mitad de camino, a partir de esa reflexión estaremos eligiendo continuar o no el gesto. Tener un hijo o tomarse unos mates, escribir libros o dejar que el colectivo se vaya, ya no serán actos realizados solo por fatalidad o por descuido: tendrán un sentido. Seguir viviendo significará elegir la vida, con todo lo que esto implica. O sea que el libro que yo quería hacer no tenía por qué servirnos —seguramente no nos haría falta— para morir. Pero tal vez le aportaría algo a lo único que, hasta el último segundo, seremos capaces de hacer: estar vivos.

1. La única que no se publica acá es la entrevista al doctor Abel Canónico, especialista en oncología que murió años atrás. Un texto hermoso y sabio, sin duda, pero, ya que su tema se vincula con la ciencia, que día a día modifica sus contenidos, no me pareció adecuado publicarlo ahora textualmente, ni hacerlo revisar o actualizar por otra persona. L. H.

Una cosa tuve muy clara desde el principio: no me interesa la seudociencia que, valiéndose de un rigor aparente y de la necesidad de la gente de creer a ultranza en un mundo mejor que este, impone como verdades conjeturas inverificables. Para eso me quedo con la literatura fantástica, que suele dar un testimonio complejo de la sed de inmortalidad del hombre y de los fantasmas que su culpa o su desconsuelo son capaces de urdir. La ficción no necesita disfrazarse de ciencia para convencernos de cuánto de irracional hay en el hombre. En cambio algunos libros sobre la muerte exponen, como casos susceptibles de ser generalizados, unos relatos más bien burdos de señores que han muerto por unos minutos durante los cuales, según contaron a la vuelta, escucharon campanitas y otros instrumentos celestiales, o de señoras que, durante el rato que murieron, tuvieron oportunidad de ver a un individuo muy luminoso que les hacía señas desde el fondo de un pasillo. Ni siquiera pongo en duda estas visiones; la disminución de oxígeno en el cerebro produce delirios; si alguien con hambre puede soñar que se come un bife con papas fritas, no veo por qué, algunas personas, en trance de morir, no verán aquello que, desde la infancia, les mostraron como un grato pasaje al otro mundo; lo que me parece una superchería —que además banaliza la condición humana— es que se presenten estos relatos como pruebas fehacientes de alguna cosa, y que se extrapole al punto de concluir que, para los humanos (no averigüé si los animales y las plantas también participan de esta afortunada oportunidad), hay una vida después de la muerte, vida que se prolonga indefinidamente y en la cual, para colmo de

bienaventuranza, los ciegos recuperan la vista y los calvos el pelo.

Lo que me propuse indagar a través de este libro es el significado (o el sentido) de la muerte como fenómeno biológico y psíquico, y las innumerables formas que, a lo largo de la historia, ha concebido el hombre para defenderse o luchar contra la muerte, para acelerarla, retardarla o aceptarla. En suma, para saber que es mortal y convivir con ese casi intolerable saber. Fue este propósito el que me proporcionó un criterio para plantear las diez entrevistas que integran este libro.

Como ya dije, cuatro de ellas fueron hechas en 1980: a Jorge Luis Borges, a los doctores Alfredo Gazzano y Terencio Gioia, al profesor Severino Croatto, y a Abelardo Castillo. Con excepción, obviamente, de la entrevista a Borges, fueron revisadas en la actualidad por los entrevistados. Salvo en el caso del profesor Croatto, cuyo tema, las religiones comparadas, exigía un minucioso manejo de datos y la reproducción de textos, todas (las que se hicieron en 1980 y las seis realizadas recientemente) han sido grabadas. Me importó, en cada caso, que, en la medida de lo posible, quedara registrada cada voz. Tratándose de un tema como el que los convocaba, era previsible que cada uno de los actores se involucrara —no solo con sus ideas, sino también, en cierto sentido, con su cuerpo— de una manera singular. Es así como no solo las palabras, sino también la sintaxis y el tono resultaban elocuentes.

La muerte como fenómeno biológico es encarada por el doctor Marcelino Cerejido, autor, entre otros, de un libro que

impacta desde el título: *La muerte y sus ventajas*. Ese es el tema central de la entrevista, reveladora desde el principio al fin, y susceptible de convertirse, para quien la lea (lo fue para mí, en mi rol de entrevistadora), en una aventura. Aventura para la inteligencia y para el deseo de conocimiento. Los ejemplos son tan diversos y las opiniones tan originales y desacartonadas que, de sorpresa en sorpresa, uno va revisando y ampliando todo lo que creía saber acerca de la vida y de la muerte.

La doctora María Lucila Pelento, psicoanalista comprometida no solo con lo específico de su profesión sino también con los problemas de nuestra realidad y de nuestro tiempo, aborda la elaboración del duelo, las razones y los fundamentos de esta elaboración, las formas que adoptan las prácticas fúnebres a lo largo de la historia, y sus características en la época actual. También encara la actitud de los chicos ante la muerte. En particular, considera la elaboración del duelo en la infancia y en casos de catástrofes sociales. Y, ya que ha trabajado largamente con familiares de desaparecidos, trata con detenimiento la tragedia que significaron, para los familiares directos y para la sociedad, estos duelos nunca concluidos.

Las construcciones psíquicas que corresponden a los distintos comportamientos del hombre ante la muerte son tratadas por dos psicoanalistas que, a través de sus trabajos, han abordado de manera particular el trasfondo de esos comportamientos: el doctor Terencio Gioia, quien dedicó varios de sus trabajos al instinto de muerte, y el doctor Alfredo Gazzano, que ha trabajado durante muchos años en la prevención del

suicidio. Con enorme rigor y con un lenguaje nítido aun para los no iniciados, hablan, entre otras cuestiones, sobre el desafío, el miedo y la negación de la muerte, sobre el ser inmortal del inconsciente, sobre las diferencias entre “querer matarse” y “querer morirse”, y sobre el suicidio como conflicto individual y como mal social.

Las respuestas intensas, cargadas de humanismo y de sabiduría, del doctor Álvaro Saurí —dedicado a los cuidados paliativos— nos permiten acercarnos a un territorio no habitual de la experiencia: el de las actitudes de los hombres ante la instancia real de la muerte. Cómo es ese período tan singular de la vida en el que una persona sabe que su fin está próximo, cómo varía su conducta de acuerdo con la edad y la personalidad de cada uno, qué papel cumplen los otros, qué significa “ayudar a morir”, cuánto hay de ficción en lo que solemos pensar sobre nuestra propia muerte cuando todavía no creemos demasiado en ella. Puedo afirmar, por mi propia experiencia al escucharlo, que las respuestas del doctor Saurí implican un aprendizaje. Un aprendizaje de vida.

La representación de la muerte en las distintas concepciones religiosas, y según los diversos mitos y tradiciones; la relación estrecha entre religiosidad y conciencia de la mortalidad; las formas que adoptan la salvación, la inmortalidad, la reencarnación y el más allá de acuerdo con las diferentes creencias y culturas, son analizados por el profesor Severino Croatto, quien ha dedicado una vastísima obra a las religiones comparadas y a la historia de las religiones. Su exposición —ampliada

respecto de la que hizo en 1980— no solo es erudita; también es cautivadora por las leyendas que relata y por su riqueza poética. Pero, sobre todo, es profundamente humanista.

En el caso de los escritores convocados, ya no se trataba de que hablaran de la vida y de la muerte desde una disciplina determinada. Se trataba —o era eso lo que yo buscaba según una idea *a priori* que tenía de este libro— de que, por lucidez, por desparpajo y por independencia de criterio, fueran capaces de reflexionar realmente, de situarse realmente, respecto de la muerte y de su propia condición de —según palabras de Heidegger— “ser para la muerte”. Con las cinco entrevistas concluidas, estoy convencida de que no me equivoqué en la elección.

De Roberto Fontanarrosa tal vez se espere que se haya referido al vínculo entre el humor y la muerte. Algo habla de eso, sí, pero más allá de lo que concretamente dice sobre ese vínculo, lo que impacta de su entrevista es la posibilidad de conocerlo plantado ante el tema de la muerte y, al mismo tiempo, advertir que sus palabras, sin dejar de tocar fondo en cuestiones como la precariedad de la vida, el miedo a una muerte a destiempo o el sueño de inmortalidad, están atravesadas por el humor. Que su discurso, por grave que se ponga, está inevitablemente constituido por ese humor.

Ana María Shua no se retacea a sí misma; las anécdotas de su infancia, sus lecturas, su oficio de escritora, su maternidad, su pasión por los cuentos populares, su curiosa formación religiosa, la experiencia de una enfermedad reciente, todo lo

ofrece y lo vincula para ir configurando el mapa exacto de su relación con la muerte y de su fervoroso apego a la vida.

Su condición de dramaturgo, actor, deportista y psicoterapeuta coloca a Eduardo Pavlovsky en una situación singular desde donde pensar la vida y la muerte. Autor que actúa sus propias obras, terapeuta que hace de la dramatización una terapia, esa conjunción que implica el ser un “intelectual que pone el cuerpo” lo lleva a tener un enfoque no habitual sobre —entre otras cuestiones— el deterioro físico, la inmortalidad y el suicidio.

En cuanto a Jorge Luis Borges y Abelardo Castillo, para ubicarlos en la circunstancia en que fueron hechas sus entrevistas, voy a citar lo que escribí en la primera versión de este libro respecto de la elección de uno y otro: “Jorge Luis Borges y Abelardo Castillo no solo representan dos actitudes diferentes ante el mundo: también dos momentos distintos de su propio proceso vital. Me animaría a decir que las etapas de la vida que uno y otro están atravesando les permiten hablar de la muerte con una cierta ‘ecuanimidad’. Borges porque, a los ochenta años, la muerte ha dejado de acecharlo como una amenaza. La aguarda sin alharacas, como a una certeza, como se espera el sueño cada noche. Castillo, porque a los cuarenta y cinco años la muerte ya no puede tentarlo como una idea romántica, ni se le presenta todavía como una amenaza real, inminente. Daría la impresión de que está en el momento preciso en que se puede reflexionar sobre la muerte, en que se la puede considerar, fundamentalmente, como un problema filosófico. Fuera de esa

‘ecuanimidad’, de la falta de solemnidad, y de cierta saludable predisposición a la herejía comunes a los dos, las actitudes de Borges y de Castillo ante la muerte divergen claramente. La muerte, para Borges, no parece ser ni más ni menos anecdótica que cualquier otro tema. Habla de Mark Twain, habla de la teoría de conjuntos, habla de la poesía inglesa, habla de muertes. Se lo ve contento de conversar sobre cuestiones que le ‘interesan’: la idea de la muerte no parece inquietarlo en absoluto. Castillo, en cambio, no parece aceptar la muerte: ni por sus palabras ni por sus actos. Mientras contesta el reportaje, está construyendo una biblioteca. Serruchar, dar martillazos, clavar tablas, también parecen ser su manera de estar peleando contra la muerte; de imponerse, de prepo, unos cuantos estantes vacíos”.

Leídas hoy, las dos entrevistas mantienen intacta su vigencia. De hecho Castillo, que revisó la suya, solo le hizo algunas correcciones en lo formal —sobre todo, la acertó en aquellos párrafos que le parecían farragosos o innecesariamente digresivos—, pero no modificó una sola palabra en lo conceptual.

Debo decir que, para mí, retomar este proyecto comenzado hace más de dos décadas —y más aún: recuperar a aquella que lo había iniciado— constituyó una experiencia sorprendente. Ante todo, debí preguntarme qué me había llevado, en un tiempo de muerte como fue el de la dictadura militar, a encarar este tema. Una frase, en el prólogo original, me propuso una clave. Entonces había escrito: “Nadie que yo conozca ha regresado de la muerte; y tampoco hay especialistas en muerte.

O sí; pero dudo que aceptaran participar en este libro”. No es casual que, en 1980, haya necesitado subrayar —poner bien en relieve— la expresión “especialistas en muerte”. No solo la vida nos estaban quitando esos “especialistas”: también nos quitaban la muerte, la transformaban en algo sucio, innombrable, algo que ocurría en la oscuridad de algún *nositio*. O peor: ni siquiera ocurría. No había muertos, aun cuando todos sabíamos, o sentíamos, que la muerte nos rodeaba por los cuatro costados. Era necesario entonces sacarla de manos de esos especialistas de la muerte, recuperarla como cuestión existencial, filosófica y biológica que nos concierne; discutir otra vez el sentido que tiene morir por razones ideológicas, hablar otra vez de trascendencia y de angustia y del sueño de inmortalidad y de una muerte digna. Al menos en un terreno que esos asesinos nunca podrían escamotearnos, en el terreno intelectual, debíamos restituir para nosotros la vida y la muerte.

Algo que también descubrí al retomar este proyecto es que no solo las circunstancias históricas, tampoco yo era del todo la misma. Ahora la muerte me concernía más que hacía veintitrés años: esta vez no estaba del todo segura de si podría pasarme los meses siguientes pensando y hablando sobre ella. Fue la relectura de las entrevistas ya hechas y la realización de las nuevas lo que consiguió ir sacándome, día a día, de ese estado de indecisión. Y también de miedo. Debo decir que cada una de ellas dejó su marca en mí. No importa de qué manera. Seguramente en cada lector dejarán su propia e incanjeable impronta.

Este es un libro para ser leído con espíritu dialéctico y con la mente muy abierta. Los que participan en él disienten entre sí, concuerdan, se complementan y se explican los unos a los otros. Dudo de que el lector pueda descubrir entre sus palabras una pista de lo que avistará más allá, pero es probable que encuentre algunos elementos para reflexionar sobre su estar acá. De eso justamente se trata.

Liliana Heker

Junio de 2003

Veinte años después

Por tercera vez, estos *Diálogos* me intiman a situarme sin armadura ante el abordaje de la muerte. Veinte años atrás noté que a mis sesenta el asunto me inquietaba más que a los treinta y siete, cuando trabajé la primera versión de este libro. Era de suponer que a los ochenta la inquietud hubiera crecido en proporción al crecimiento de mi edad. Con cierta sorpresa descubro que, al contrario, esa inquietud se me achicó; son muertes bien reales las que hoy me sacuden y me asustan: las de mis contemporáneos. Cada vez con más frecuencia me chocho con la realidad de que un amigo, una colega, o simplemente alguien que fue ladero mío en la vida, ya no está; que me dejó sola con un sinfín de experiencias compartidas que ya no tengo con quien revivir. Y ese vacío sí que no se llena con nada. ¿Te acordás de la tucumana que trajo Tejada Gómez a la reunión del Tortoni y cantó para nosotros y casi nos mató con su voz? No; miro a mi alrededor y no veo a nadie que rememore conmigo a esa morocha desconocida que después se llamó Mercedes Sosa. No están, ni está Tejada, ni está la Negra. Y esa muerte de convivientes sí que no tiene cura.

Me imagino que algún lector podrá estar pensando lo mismo que habría pensado yo años atrás: estimada Heker, con esto de la tristeza por muertes ajenas, ¿no le estarás escapando al bulto de tu propia muerte? Me animo a afirmar que no.

Tengo bien presente –un sencillo cálculo de probabilidades me lo impone—que a esta altura debe andar más cerca que veinte años atrás. Pero, increíblemente, no es esa cuestión lo que hoy me perturba. Lo que sí me perturba, o más precisamente me cautiva, es la vida. Esa condición que sentía tan cotidiana que ni siquiera me detenía a pensar en ella, ya no me resulta del todo natural. Se me transformó en un bien tan poderoso y tan frágil que no me alcanzarían las palabras para abarcar la inmensidad de este milagro diario de estar viva.

Como suele suceder, algo se va modificando en mí con el transcurso de los años. Y sospecho que ahí debe esconderse el motivo por el cual, en lo que atañe a mi persona, no me incomodan ni el paso del tiempo ni sus consecuencias. ¿No tiene algo de atractivo que una sea siempre nueva para la edad que tiene? Para alguien que escribe, al menos, resulta un bien inapreciable. Una se reconoce angurriente: siempre queda demasiada vida por contar y por experimentar y no alcanzan las manos ni el tiempo para abarcarla.

Es justamente en ese tenaz aprendizaje que otra vez me toca alternar de cerca con estos *Diálogos*. Cuarenta y tres años atrás me animaron a pensar la muerte y hace veinte me ayudaron a perderle el miedo. Hoy, que me encuentro con cada entrevista no como hacedora sino como lectora, me dan un nuevo empujón invalorable. Confieso que no me resultó fácil el reencuentro. Como ya lo sospechaba, fue duro enfrentarme con el hecho de que muchos de los entrevistados, de quienes guardo la voz, los gestos, a veces tanta experiencia compartida, ya no están para recordar conmigo esas experiencias, que sus

voces ya no me van a hablar. Pero descubrí con una intensidad vivificante que sus palabras me siguen hablando. Las de aquellos que ya no están y las de quienes, felizmente, siguen estando acá para un cafecito de encuentro. Y me hablan de una manera nueva, porque su sabiduría, sus experiencias, sus sentimientos ante la muerte y ante la vida, le llegan a la mujer que soy ahora mismo, no a la que fui. Me deslumbro con cada hallazgo, me río con cada ocurrencia, y advierto que, a través de las palabras de todos ellos, puedo reflexionar de una manera nueva.

En dos etapas de mi historia aprendí cosas fundamentales realizando cada una de las entrevistas. Y hoy, releyéndolas, confirmo lo que entonces sentí; estos *Diálogos* hacen posible un inesperado y vital aprendizaje. Por eso celebro esta nueva edición que pone otra vez al alcance de los lectores las consideraciones que escritores, científicos e intelectuales de excepción hacen en estas páginas acerca de la vida y de la muerte.

Liliana Heker

Diciembre de 2023